

**"Al que no sabe, cualquiera lo engaña.
Al que no tiene, cualquiera lo compra"**

Simón Rodríguez

Simón Rodríguez, luz de libertad

CORREO DEL ORINOCO

Alcabala a Urapal, edificio Dimase, La Candelaria, Caracas-Venezuela.

www.correodelorinoco.gob.ve

RIF: G-20009059-6

Distribución gratuita

OBSEQUIO

Gobierno **Bolivariano**

Directorio

Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Andrés Izarra

Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Alejandro Boscán

Viceministro de Estrategia Comunicacional

Lidice Altuve

Viceministra de Gestión Comunicacional

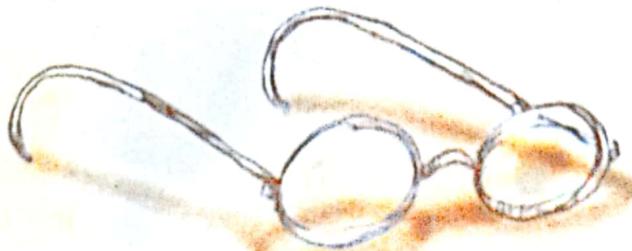
Texto: **Michel Bonnefoy**. Ilustraciones: **Omar Cruz**. Diseño y diagramación: **Omar Cruz, Ingrid Rodríguez**.
Corrección: **Francisco Ávila, José Cuevas**.

Depósito legal: IF26920119002544

ISBN: 978-980-7426-01-5

Agosto, 2011

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela, en la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial.
La edición consta de 10.000 ejemplares.



Simón Rodríguez nació en Caracas en 1769, una época en que Venezuela estaba dominada por seres pequeños, de ideas pequeñas, que no entendían otra razón que no fuera la voluntad despótica y mezquina del rey de España.

Dedicó su vida a combatir la ignorancia que los ricos siembran en la mente de la gente para explotarlos y aumentar así su riqueza. Fue educador y, como tal, buscó siempre la manera más apropiada de transmitir el conocimiento y entregar a la gente herramientas para aprender a pensar.





Felizmente, también había personajes lúcidos entre los gobernantes de Venezuela en esos tiempos oscuros. Uno de ellos vio en el joven maestro un potencial para los niños de Caracas y, en 1791, le pidió que fuese profesor en una escuela de lectura y escritura. Fue la primera institución pedagógica donde Simón Rodríguez implementó sus avanzadas ideas sobre la enseñanza.

En esa pequeña escuela pública en Caracas, tuvo la oportunidad de contar en sus clases con un niño que se destacaba por su inteligencia y su espíritu rebelde: Simón Bolívar, a quien volvería a encontrar en distintos periodos de su vida y a quien orientaría en sus futuras hazañas históricas.





Ese niño, a quien educó, ilustró y enseñó a vivir en armonía con la naturaleza, compartía con él algunas características dramáticas, como la ausencia de padre y madre. Los de Bolívar murieron siendo Simón un niño, y los de Rodríguez tampoco estuvieron junto a él.

Se crió en casa de Alejandro Carreño, un sacerdote que podría ser su padre, con su hermano José Cayetano, con quien nunca tuvo una buena relación. No es casualidad que Simón Rodríguez no usara el apellido Carreño, que su hermano sí usó.

Pero su ejercicio docente en la escuela de Caracas no fue la única experiencia provechosa que vivió en esa década del 90. Por lo menos tres otros acontecimientos trascendentales conmovieron su entonces apacible existencia en esa ciudad cubierta de niebla al amanecer: en 1793, se casó con María de los Santos Ronco, su primer amor, aunque probablemente no su primera relación sentimental. En 1794 presentó públicamente su primer escrito crítico sobre el sistema educativo vigente.





En 1797, se vio forzado a abandonar su país y exiliarse en Jamaica, luego de participar en la fallida rebelión contra el poder monárquico español, encabezada por Gual y España.

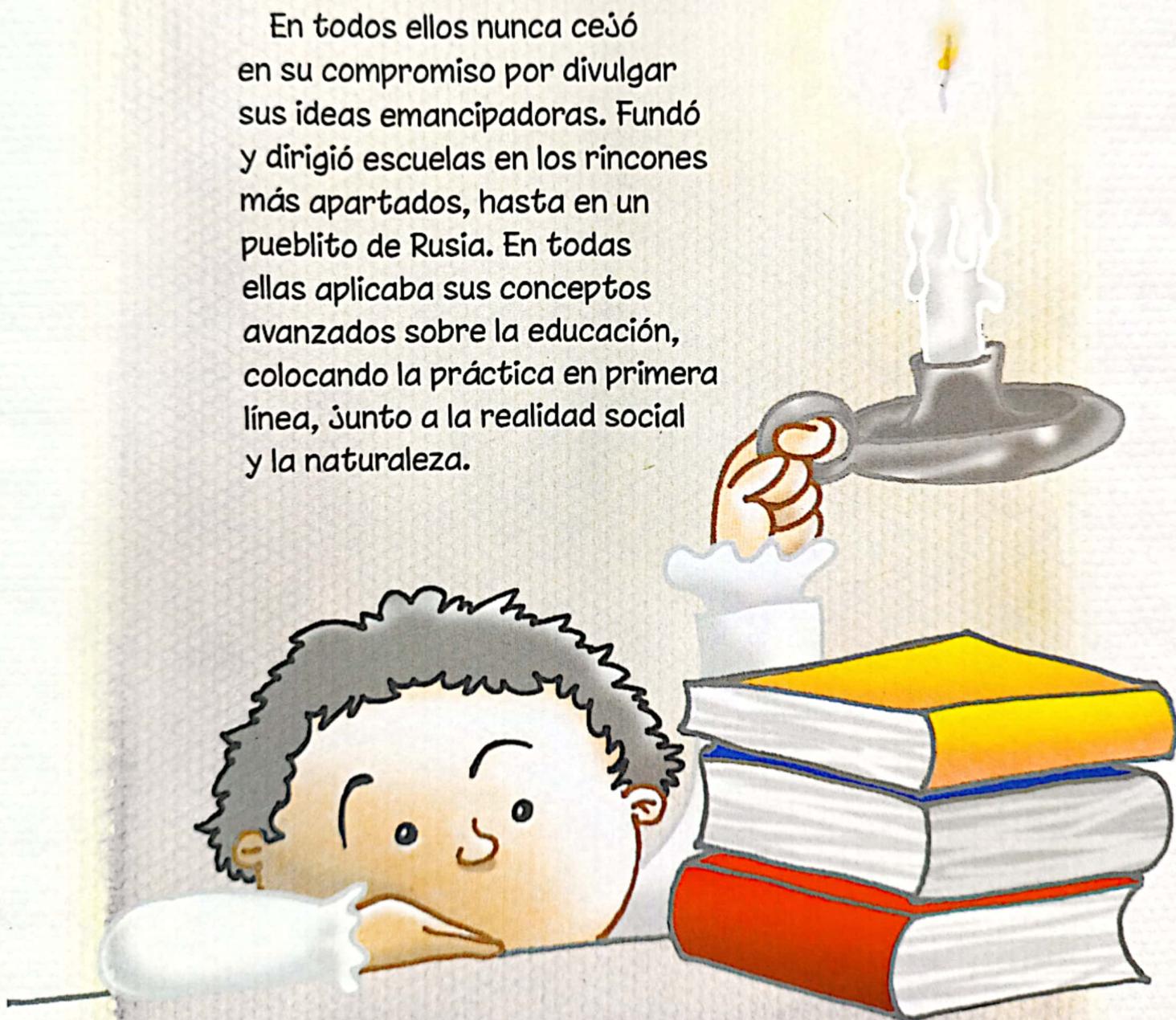
No obstante el amor que sentía por Venezuela, por la cual arriesgó la vida al unirse a la lucha por su independencia, nunca regresó.

Primero estuvo en Jamaica, en cuya isla sólo se quedó algunos meses y adoptó el seudónimo Samuel Robinson para esconderse de las autoridades españolas; luego viajó a Estados Unidos, donde trabajó varios años y aprendió la técnica de la impresión, que más tarde le serviría para participar en la edición de sus propios textos.



De Estados Unidos se marchó a Europa, un continente en ebullición, vasto y diverso, que lo acogió por más de veinte años. Vivió, estudió y trabajó en muchos países.

En todos ellos nunca cesó en su compromiso por divulgar sus ideas emancipadoras. Fundó y dirigió escuelas en los rincones más apartados, hasta en un pueblito de Rusia. En todas ellas aplicaba sus conceptos avanzados sobre la educación, colocando la práctica en primera línea, junto a la realidad social y la naturaleza.





Recorrió todos esos países "enseñando divirtiendo", como lo recordaría el Libertador, asistiendo a reuniones de masones y a "juntas secretas de carácter socialista", como él mismo las llamaría posteriormente, siempre en la búsqueda de mecanismos para superar los prejuicios y las supersticiones como obstáculos del progreso en el pensamiento filosófico.

Simón Rodríguez era autodidacta y, sin embargo, aprendía rápidamente el idioma del país en que se instalaba, llegando incluso a ser profesor de inglés y traductor de literatura francesa.

En París se encontró en 1804 con su antiguo alumno Simón Bolívar, quien se encontraba en Francia superando el duelo por la muerte reciente de su esposa. Juntos viajaron a Italia, a Milán, donde presenciaron la coronación de Napoleón Bonaparte como rey de Italia y a Roma, al Monte Sacro, donde el joven e impetuoso Bolívar juró que no descansaría hasta ver liberada América del imperio español.





En 1823 regresó a América. Ese año Simón Bolívar se encontraba en Perú y, al enterarse que su maestro estaba en Colombia, lo mandó a llamar: "¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia (...) No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado (...) ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí".

Simón Rodríguez le contestó de inmediato: "Yo no he venido a la América porque nació en ella, sino porque tratan sus habitantes ahora de una cosa que me agrada, y me agrada porque es buena (...) y porque es usted quien ha suscitado y sostenido la idea".

En ese entonces ya había creado una escuela en Bogotá, donde seguía desarrollando sus conceptos modernos sobre la formación de futuros republicanos integrales, pero no dudó en embarcarse hacia Perú a unirse a su principal discípulo.



Simón Rodríguez partió una vez más en busca de nuevos destinos donde difundir y poner en práctica su erudición. Viajó por varios países de América del Sur, donde publicó sus escritos y fundó escuelas: en Arequipa, en Concepción, en Valparaíso, en Quito, en Guayaquil... también en pueblos pequeños, Azángaro, Latacunga... siempre con el espíritu de implementar sus ideas y combatir la ignorancia, combinando la instrucción primaria con la fabricación de ladrillos, leños de las creencias y los usos de "la sociedad", siempre inventando.



"La América española es original, originales han de ser sus instituciones y su gobierno, y originales sus medios de fundar uno y otro. O inventamos, o erramos", decía el gran maestro.

Vivió pobremente porque nunca se preocupó en amasar fortuna o sacarle provecho monetario a su sabiduría. Intentó en diversas ocasiones proyectos económicos paralelos a su labor intelectual, como la fabricación de velas, de loza, un aserradero, pero todos fueron infructuosos. Sin embargo, la pobreza, a veces extrema, no era un drama para él: "Adquiero lo suficiente para vivir al día. Afortunadamente, soy filósofo por instinto y sé contentarme con poco".





Por todas esas razones,
por sus ideas demasiado avanzadas
para la época, por sus disputas con la Iglesia, por su
carácter muy rígido, por su ejemplo de sencillez y austeridad,
pero también porque se casó con una indígena con quien tuvo dos
hijos, lo trataron de loco y extravagante.

Algunos años después de la muerte de su segunda esposa, Simón Rodríguez falleció en una destatada habitación, el 28 de febrero de 1854, en un caserío de nombre Amotape, en Perú. El cura del caserío prohibió que lo visitaran los habitantes, porque el moribundo era un hereje.

